bles. Ella nos ha abierto un camino seguro, corto y fácil para volver á Vos. Por este nos volveis á llamar, y por este Vos mismo nos buscais. Dichosos si oimos vuestra voz, si la seguimos, y si volvemos á entrar como la oveja descarriada en vuestro rebaño, para entrar algun dia en vuestro Reyno, al que nos conduzca, &c.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO DECIMOQUARTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

De la separacion, y huida del mundo.

Dixit Jesus Discipulis suis: Nemo potest duobus Dominis servire: aut enim unum odio habebit, & alterum diliget; aut unum sustinebit, & alterum contemnet.

Jesus dixo á sus Discípulos: Ninguno puede servir á dos Señores, porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro; ó seguirá á aquel, y despreciará á este. San Matheo al capit. 6. v. 24.

ESte es el oráculo de la verdad eterna; y sin recurrir á la fe, la razon sola nos hace comprehender muy bien, que no es posible á un tiempo mismo servir á dos Señores enemigos el uno del otro; que no solamente tienen intereses distintos, sino intereses y sentimientos opuestos en un todo. Porque como decia el Apostol á los Corintios, qué cosa hay que sea comun entre la justicia y la iniquidad? qué relacion tiene la luz con las tinieblas; ni cómo se puede unir y conciliar á Jesu-Christo con Belial? De aquí es que los que sirven á Dios

han

han conocido que deben renunciar al mundo, y muchos, con efecto, se han desterrado á los desiertos, y pasado toda su vida en una separacion entera del mundo, no porque el mundo no tuviese con qué lisongearlos y atraerlos; porque quántos de ellos ocupaban en el mundo los primeros empleos, ó estaban en proporcion de conseguirlos? Y quántos vivian con abundancia y disfrutaban de todas las dulzuras de una fortuna opulenta? Pero determinados á servir á Dios, y viendo que no podian al mismo tiempo servir al mundo, sacrificáron generosamente todos los intereses, todos los placeres, y todas las grandezas del siglo, y se dedicáron al culto de Dios en el silencio y obscuridad de la soledad. Lo que les obligó á ello con mas fuerza es, que mirando al mundo como enemigo de su Dios, le miráron como enemigo suyo, porque sabian, que apartándolos de su Dios, y haciéndoles perder su gracia, les exponia á todas las venganzas divinas, y les ponia un obstáculo invencible para su salvacion. Estos son, pues, amados oyentes mios, los motivos que deben obligarnos á huir del mundo: y este punto es de una conseqüencia tan grande para la santificacion de nuestra vida, que quiero hoy hacer de él todo el asunto de mi discurso. Espíritu Santo, que tantas veces por las luces y fuerzas de vuestra gracia habeis triunfado del mundo, obrad en nuestros corazones los mismos milagros, y haced que alcanzemos con vuestro socorro las mismas victorias. Para conseguirlo busquemos la mediacion de aquella Vírgen que veneramos como Esposa vuestra, y á quien decimos AVE MARIA.

Predicar la huida del mundo á los Religiosos y Solitarios, esto es, á aquellos que por la obligacion de su estado estan separados del mundo, es un asunto, Christianos, que respecto de su profesion podria no ser inútil; pero su fruto, si se compara con el que me propongo, seria corto y limitado. A los hombres del siglo, dice San Ambrosio, es menester dirigir esta doctrina, porque

que para ellos es de utilidad muy grande, ó por mejor decir, de una absoluta necesidad. Esto debe ser, digo, para aquellos, que por el órden de la Providencia Divina están llamados á vivir en el mundo, para aquellos que contra los designios de Dios se empeñan por sí mismos ántes de tiempo en los negocios del mundo. A los primeros, porque la misma gracia de vocacion que los une al mundo, es la que de tiempo en tiempo les obliga á separarse de él. A los segundos, porque estando en el mundo de la manera que digo, no hay para ellos mas gracia que la que los separa de él: ó si se me permite usar de esta expresion, que la que tiene virtud y fuerza para arrancarlos de él. A unos y á otros, porque á proporcion que están, y son del mundo, es el espíritu de retiro y separacion de él el que debe salvarlos. Este es, amados oyentes mios, todo el plan del discurso que he de haceros. Os pido que atendais á las dos proposiciones que establezco, y que sin confundir en nada las obligaciones de hombre del mundo, y de hombre christiano, van á establecer dos verdades muy importantes. El mundo en que vivis tiene dos perniciosos efectos: nos disipa, y nos corrompe. Nos disipa por la multitud y superfluidad de cuidados que nos acarrea; y nos corrompe por las ocasiones y lazos del pecado en que nos pone. Para libertarnos de estos dos desórdenes, debemos tomar el mas propio y excelente medio, que es un retiro santo, executado y observado fielmente en cada estado segun las reglas y la prudencia christiana, porque de este modo evitarémos la disipacion del mundo y su corrupcion; la disipacion que nos impide entregarnos á Dios, y la corrupcion que nos hace perder el espíritu de Dios. Qué remedio mas eficaz contra uno y otro que retirarse del mundo, y huir de él? Digo retirarse en ciertos tiempos, y quanto es necesario para recogernos é inclinarnos á los exercicios de salvacion; y huir de él absolutamente, y no volver mas á él, siempre que llegue á ser para nosotros motivo de escándalo, y nos desvie del camino de la salvacion. Retirarse de él en ciertos tiempos

co-

como Christianos, y huirle absolutamente como pecadores. Retirarse á ciertos tiempos como Christianos, para que no nos haga descuidar los exercicios del Christianismo, disipándonos: y huirle absolutamente como pecadores, porque no nos lleve á la pérdicion, corrompiéndonos. Pero qué hacemos nosotros? Para eludir dos obligaciones tan esenciales, oponemos dos pretextos; el uno se funda sobre los cuidados temporales, y el otro sobre los lazos del pecado, los que intentamos persuadirnos son inseparables de nuestro estado. Me explicaré. Porque se vive en una situacion y estado en que los negocios del mundo ocupan, y en que se está comunmente expuesto á sus tentaciones, se figuran este retiro, y huida del mundo á que vengo á exhortaros, como una cosa imposible de ponerse en práctica, aunque se suspire por una parte baxo el yugo del mundo que nos domina, y por otra no se haga esfuerzo alguno para libertarnos de él. Intento, pues, hacer ver que estos dos pretextos no tienen fundamento solido; y quiero manifestaros en la primera parte, que nunca pueden las ocupaciones y cuidados del mundo dispensar á un hombre Christiano de separarse algunas veces del mundo que le distrae, y dedicar algunas temporadas particularmente para mirar por su salvacion. En la segunda os haré ver, que todos los empeños y enlaces del mundo nunca justificarán delante de Dios á un hombre pecador de no haber huido absolutamente del mundo que le pervertia, y de no haberle renunciado para siempre, á fin de asegurar su salvacion. La materia pide toda vuestra atencion.

PARTE PRIMERA.

Necesario es ser Christiano, y como tal es menester trabajar en el asunto esencial y capital, que es el de la salvacion eterna. Es, pues, justo, y aun absolutamente necesario vivir, aunque en medio del mundo, no solamente en el espíritu, sino tambien en ciertos tiempos determinados en una separacion conveniente, y un santo

to retiro de él. Esta conseqüencia voy á establecer desde luego, contra la qual os haré ver despues, que la prudencia del siglo, aun siendo tan vana y presuntuosa, nada puede oponer que no sea frívolo, y de ninguna consideracion.

Fundo esta conseqüencia sobre la primera obligacion de un Christiano, que tiene por objeto la salvacion. Porque para llegar á este dichoso término, y no omitir en la execucion cosa alguna de todo lo que dice relacion con él: quién, decia David, me dará alas como las de la Paloma para que yo levante mi buelo, y pueda hallar reposo: *Quis dabit mihi penas sicut columbæ, & volabo, & requiescam?* (a) Ah Señor! (añadia) este es el secreto que me habeis enseñado para este fin. Yo me he alejado del mundo: (advertid Christianos, que es un Rey el que habla) yo me he apartado del mundo, que es la Corte, y me he formado una soledad en la que me he encerrado: *Ecce elongavi fugiens, & mansi in solitudine.* (b) Con efecto, en el retiro y separacion del mundo se halla este reposo, se aprende á conocer á Dios, se estudian los caminos de Dios, y llena el espíritu del temor de sus juicios. Allí en presencia de la Magestad de Dios se hace exâmen de lo pasado, se arregla lo presente, se previene lo futuro, se exâminan con atencion las obligaciones propias de cada uno, se manifiestan sus errores, se lloran sus miserias, se confunden de sus vilezas, y se reprehenden sus infidelidades. Y cómo puede esperarse que se execute todo esto en el tumulto y embarazos del mundo? Qué medio hay, dice San Bernardo, para penetrar con un justo conocimiento aquellas cosas que son superiores á nosotros, como son un primer principio, un fin último, y un Soberano bien, que es Dios, para elevarnos, y llegar á él por los exercicios de una pura y sólida Religion; y las cosas inferiores á nosotros, como son las necesidades de los hombres,

(a) Psalm. 54. v. 7. (b) Ibid. v. 8.

que la providencia nos ha subordinado como inferiores, para descender y llegar á ellas por la práctica y exercicio de un verdadero y caritativo zelo: y finalmente para penetrar las cosas que nos rodean, como son las muchas obligaciones, que como iguales nos ligan á nuestro próximo, para cumplir y satisfacer á ellas, segun la extension de una exácta Justicia? Qué medio hay, pues, de cumplir con todas estas obligaciones, ínterin que el mundo nos cerca, y que estamos ocupados, y por mejor decir, poseidos de él? Qué medio hay, prosigue el Santo Doctor, para gustar de los frutos de la Oracion, santificarse por las obras de la Penitencia, estar atentos á los Misterios del formidable Sacrificio, participar en espíritu y en verdad de la gracia de los Sacramentos, de postrar su alma delante de Dios por la humildad de la confesion, de unirse espiritualmente con Jesu-Christo por la comunion; en una palabra, de trabajar en la grande obra de la reformacion de nuestras costumbres, y prepararse para morir; si no se tiene cuidado de retirarse algunas veces al Monte con Moyses; ó segun el precepto del Evangelio, si con freqüencia no se entra en lo interior de su alma, y allí cerradas las puertas de los sentidos: *Clauso ostio*; (a) sin mas testigo que el Padre Celestial, no se trata con él, y consigo mismo de todo esto? Es menester, pues, para conseguir todo lo dicho apartarse del mundo, y al exemplo de los Israelitas, que no han sido para nosotros mas que una figura de lo que debemos executar, es necesario salir del Egipto para ir á sacrificar al Señor en el desierto. Hablemos mas sencillamente. Es preciso sin dexar al mundo evitar la disipacion de él; porque ninguno de nosotros hay, que á proporcion no deba decir del mismo modo que Jesu-Christo: *Quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse.* (b) Como Christiano es necesario que me aplique sobre todo al servicio de mi Dios, y al importante negocio de mi

(a) Matth. 6. v. 6. (b) Luc. 2. v. 49.

mi salvacion. Ved la máxima en que todos los sabios (hablo de los sabios Christianos) han convenido, y de que nuestra experiencia propia ha debido convencernos. Contra esta, repito, la prudencia humana, que es la de los hijos del siglo, cree tiene derecho para alegar por obstáculo los cuidados temporales, pretendiendo persuadir que es imposible conformar las obligaciones del mundo con este espíritu de recogimiento y separacion de él, que el cuidado de la salvacion exige; y en este punto necesito, no la atencion de vuestro espíritu, pues el asunto por sí mismo interesa bastante, sino todo el fervor de vuestra fe, del que depende todo el efecto que me prometo.

Porque para empezar á destruir un error tan pernicioso, y no obstante tan comun como éste, pregunto (y es la primera razon) el cuidado de lo inútil y superfluo puede jamas ser excusa del descuido y abandono de lo necesario? La aplicacion á lo accesorio, puede servir de pretexto para olvidarse de lo principal? El cuidado y zelo por los medios puede justificar el abandono del fin? Este es, no obstante, el abuso grosero y visible, en que caemos tantas veces, quantas nos oponemos á nosotros mismos los cuidados del mundo, para autorizar nuestras disipaciones, que son extremos respecto á la salvacion. Reconozcámoslo con sinceridad, y de buena fe, pues este es un principio indisputable: Dios no nos ha llamado, (hablo al comun de los hombres, y aquellos de mis oyentes, cuya vida se reduce á un estado particular) Dios no nos há llamado, repito, para gobernar Reynos ni Imperios; ha tenido otros designios sobre nosotros: pero aun quando estuviésemos encargados de todos los negocios de un Estado, y quando tuviéramos que responder de lo mas importante, y de mayor consideracion en este ministerio, estamos bien ilustrados teniendo fe para no ignorar que los cuidados de un Estado, comparados con la salvacion eterna son cosas accidentales, indiferentes, vanas y de ninguna importancia. Reduciéndolas como yo lo hago á esta comparacion,

no creo que las exágero, ni digo demasiado; y por el contrario, no podemos negar, que la salvacion es propiamente la substancia de los bienes que esperamos, segun habla S. Pablo: *Sperandarum substantia rerum.* (a) Que ella es el solo punto en que, segun el pensamiento del Sábio, se funda todo hombre: *Hoc est enim omnis homo.* (b) Y que es la única cosa porque creía tambien David deber interesarse, quando decia á Dios: *Erue à framea, Deus, animam meam, & de manu canis unicam meam.* (c) Nosotros sabemos, digo, que todo esto que se llama negocios del mundo, y aun de estado, por mas alta idéa que formemos de ellos, á lo mas son medios para llegar al fin á que Dios nos destina: y que la salvacion es el fin que debe coronarlo todo; y que fuera de ella, todo lo demas, sin exceptuar al hombre mismo, lo tiene el Espíritu Santo por vanidad, y vanidad universal. *Verumtamen universa vanitas, omnis homo vivens.* (d) No es pues muy extraño que nos atrevamos á hacer de esta vanidad una razon para mantenernos en el mayor de todos los desórdenes; y que intentemos valernos de esta misma vanidad, esto es, de los negocios del mundo, para justificar nuestras tibiezas, nuestras frialdades, nuestras flaquezas; digámoslo mejor, nuestro letargo, nuestra relaxacion, nuestra insensibilidad, nuestra terquedad y dureza en todo lo que mira á nuestra salvacion?

Ah Christianos! un juicio arreglado condena y reprueba esta conducta, y esto fué lo que el Hijo de Dios hizo comprehender á Marta en aquellas breves palabras, aunque tan expresivas: *Martha, Martha, sollicita es, & turbaris erga plurima.* (e) Tú, Marta, te apresuras, le dixo, y estás con zozobra y turbada con muchos cuidados; pero en todos ellos, y en el servicio que piensas hacerme, hay confusion y error; una sola cosa es necesaria, y tú te figuras, que son muchas; y en esto consiste tu error, pues por estas muchas, que son superfluas, abandonas la que solo es necesaria, y esto es lo que te causa turbacion y confusion. En lugar de poner en mí todo el cuidado, te detienes por mí. Yo estoy aquí para hacer que gustes y recibas el don del Cielo, y tú te inquietas inútilmente para prevenirme viandas materiales y perecederas: por querer ser oficiosa, me olvidas, y te olvidas á tí misma. De este modo trastornas el órden dispuesto, y pierdes sin pensar en ello el mérito y fruto de tu accion, por el desorden é imprudencia de tu distraccion. Esta es la paráfrasis que hacen los Padres de este lugar: *Sollicita es, & turbaris erga plurima.* Sobre lo qual, San Agustin hace una reflexion muy juiciosa, y muy capaz de edificarnos; porque observad, dice este Santo Doctor, quándo reprehendió Jesu-Christo á Marta, y en qué estaba ocupada? En la accion mas santa en la apariencia, y en una obligacion de hospitalidad, que la caridad y la Religion parece consagran igualmente, pues la hacia inmediatamente á la persona de un Dios. Puede decirse alguna cosa de mayor entidad? Todo esto, no obstante, no pudo libertarla de la reprehension de una disipacion exterior, en que pareció culpable al Salvador del mundo, ni impedir que el Salvador Divino la condenase. Qué será, hermanos mios (dice segunda vez San Agustin) qué será de vosotros, cuyas ocupaciones nada tienen por lo comun, que no sea profano y mundano. Pensais que las funciones de un empleo, que las inquietudes de un pleyto, que los pasos y disposiciones de una empresa, que vuestras diversiones ó pesares, y otros mil asuntos sean en favor vuestro delante de Dios razones mas solidas que el zelo de aquella Sierva de Jesu-Christo? Y supuesto que el fervor de su piedad no le sirvió de excusa legítima, podeis creer que Dios recibirá las vuestras fundadas sobre vuestra ambicion ó concupiscencia?

En esto la ceguedad de los hombres me parece monstruosa, si se me permite hablar de este modo; y la razon

(a) Hebr. 11. v. 1. (b) Eccl. 12. v. 13. (c) Psal. 21. v. 21. (d) Psal. 38. v. 6. (e) Luc. 10. v. 41. & 42.

zon es (no perdais este pensamiento, que es de San Ambrosio, y digno él) porque si seguimos solamente la primera impresion que la fe nos da en concurrencia de la una y de la otra, la dificultad no deberia ser para nosotros el conservar en medio del mundo este recogimiento y aplicacion de espíritu, necesario para dedicarse al asunto de la salvacion: sino nuestra grande dificultad, supuesta la idéa que tenemos de la salvacion, sería en medio de aquellos fervores que nos inspiraria el Christianismo, y que jamas se apagarian, poner atencion en algunas obligaciones exteriores á que nos empeña el mundo. Qué sucede no obstante? Todo lo contrario. El cuidado de salvarnos no nos hace faltar á estas obligaciones exteriores del mundo; ántes ellas nos apartan de los exercicios de nuestra salvacion; y en caso de una incompatibilidad verdadera entre estas obligaciones exteriores del mundo, y el cuidado de salvarnos, deberiamos decir á Dios: Señor, no me imputeis á culpa tales y tales descuidos en lo que debia á los hombres, pues estaba ocupado con Vos para pensar en ello. Estamos reducidos á la necesidad vergonzosa de confesar nuestra miseria, diciendo: Señor, perdonadme la desgracia, ó por mejor decir, la culpa en que he vivido, pues he estado muy ocupado en el mundo y sus negocios, y no he pensado en Vos; á fuerza de tratar con los hombres, he olvidado lo que os debia, y lo que me debia á mí mismo. De qué procede todo esto, pregunta San Ambrosio? De falta de fe, y de un discurso práctico, pero digno de llorarse, en que pasamos, si no tenemos en ello cuidado toda nuestra vida: de que en lugar de poner por fundamento de todas las acciones el buscar el Reyno de Dios, y satisfacer despues á las obligaciones que nos impone el mundo, trastornamos la proposicion, y decimos; yo satisfaré á las obligaciones que me manda el mundo, á las exterioridades, á las leyes y costumbres que me prescribe, mantendré sus tratos, haré la figura y personage de un hombre del siglo, y despues, si se puede, buscaré el Reyno de Dios. Es verdad que esto no

no se dice tan groseramente; porque dicho así, repugnaria á la misma razon: pero hay un idioma en el obrar, que lo dice por nosotros; porque, qué significan por una parte aquella aplicacion continua, aquella actividad, aquel ardor y cuidado con que nos dedicamos á todo aquello en que se hallan intereses del mundo; y por otra aquella pesadéz, aquel disgusto y floxedad que manifestamos, quando se trata de trabajar para salvarse? Qué quiere decir esto, sino lo que acabo de notar, que erramos en el principio, y que el asunto de nuestra salvacion no tiene en nuestra estimacion el lugar que debe tener?

Pero vamos á tratar esto por menor, y pasemos á la segunda razon. Yo hablo á un hombre del siglo, y haciéndole juez en su propia causa, le manifiesto quán contrario es á la razon pretender justificar su separacion de Dios, y el descuido de su salvacion por la vida exterior y disipada, que se queja está obligado á llevar en el mundo. Porque ved el argumento que le hago. Vosotros, Christianos, decis que los cuidados del mundo os agovian, y que esto os impide tener aquellos ratos preciosos de consideracion y retiro que requiere la salvacion. Yo os respondo, que lo que alegais por excusa, es á primera vista lo que os condena; porque no hay cuidados temporales, por urgentes y legítimos que os figureis, de que Dios no os prohiba que os dexeis agoviar; y tambien, porque esta opresion, y pesada carga que alegais, es justamente el primero de todos los desórdenes: luego excusar un desórden con otro no es justificarse para con Dios. Con efecto, si solo hubiese yo de hablar como Filosofo, y establecer esta verdad sobre los principios de la moral, os diria, que uno de los caractéres que puede sostenerse ménos, aun segun el mundo, es el estar agoviado con sus cuidados, pues solo pude haber de esto dos causas, aunque débiles; ó embarazarse de poco, ó encargarse de mucho. Embarazarse de poco es poquedad de espíritu, y cargarse de mucho es indiscrecion y locura. Esto es lo que yo os manifestaria; pero por-

porque esperais de mí alguna cosa que mas os mueva, y porque mi ministerio debe hacerme superior á la moral de los Paganos, consultando los oráculos de los Padres de la Iglesia, escuchad las excelentes máximas que San Bernardo daba en este punto á un Sumo Pontífice.

Este era un Papa Discípulo y Religioso suyo en otros tiempos, que sacado del Claustro y de la soledad, fué elegido para ocupar la Silla de San Pedro. Por una fatal desgracia, parecia que la mudanza de estado le habia mudado el espíritu y el corazon, porque desde luego se habia entregado tanto á las ocupaciones que acompañan á esta dignidad suprema, que parecia haber renunciado el exercicio de meditar en Dios, y estudiarse á sí mismo. Y como San Bernardo, que lo observaba, y se afligia de ello, le habia siempre tenido, y le conservaba un zeloso afectuoso, que su prudencia sabia muy bien componer con el respeto debido á un Pontífice Soberano, ved con qué expresiones le explicaba su sentimiento: comprehended lo bien, amados oyentes mios, y cada uno á proporcion haga de ello una regla para la conducta de su vida. Ah Santo Padre! (le decia) tolerad mi libertad, porque para vos mismo me la inspira Dios. Sé que trabajais mucho, pero si me es permitido, os daré la saludable advertencia que Jetro dió á Moyses: Vos os consumis en un trabajo tan estéril y vano, quanto os parece especioso é importante: *Sed si licet alterum me tibi exhibere Jetro, stulto labore consumeris.* Qué sabiduría, prosigue, es vivir siempre en el tumulto y bullicio de los negocios, estar continuamente cercado de hombres interesados, disimulados y apasionados; pasar los dias y los años en negociar, deliberar, decidir de los intereses de otros, escuchar quejas, dar órdenes, y tener audiencias y consejos, sin exâminar delante de Dios si se satisface y cumple con todo esto segun la rectitud y exáctitud de su Ley? Convengo en que sois el primero que llora este abuso, pero en vano lo llorais, si no poneis cuidado y diligencia en corregirlo: *Scio te hoc ipsum deplorare, sed frustra, nisi & emenda-*

re studueris. Confieso que este abuso fatiga vuestra paciencia; pero no quiera Dios que yo la apruebe en esto, porque en muchas ocasiones es mas laudable tener ménos paciencia: *Interdum enim & impatientem esse laudabilius est.* Y es una ilusion pensar, que entregándose ciegamente al mundo, y olvidando el cuidado de su alma, se tenga el mérito de la paciencia, que es la obra perfecta del hombre justo.

Quál es, pues, me direis, el remedio de este mal? Vedle aquí. El remedio es, prosigue San Bernardo, que hagais, si necesario fuese, los últimos esfuerzos para libertaros de esta esclavitud. El remedio es, que en el estado en que Dios os ha puesto, en lugar de ser esclavo de los negocios, os hagais señor de ellos con una superior virtud. El remedio es, que ántes que os entregueis al público por la multitud de ocupaciones, os recojais dentro de Vos mismo con la consideracion de lo que sois, y del fin á que estais. El remedio es, que para obrar con seguridad y perfeccion, dexeis de hacerlo algunas veces. Tambien lo es, el que os partais (explicándome de este modo) entre el Dios á quien servis, y los hombres á quien gobernais; entre el trato del mundo y el retiro, entre la oracion y el obrar. El remedio es, que en aquella tomeis fuerzas para obrar, y que al exemplo de aquellos animales misteriosos de que habló el Profeta, tengais alas para elevaros hasta el Cielo, igualmente que pies para sosteneros y caminar sobre la tierra. El remedio es, que computeis vuestra salvacion entre las ocupaciones mas urgentes de vuestro estado, y empeceis por Vos mismo á ser caritativo y bienhechor. Si quereis ser todo para todos como San Pablo, sea enhorabuena: alabo vuestro zelo, pero para que sea un zelo de Dios, debe ser completo y entero, y cómo lo será, si os excluis á Vos mismo? *Quomodo autem plenus si te excludit?* No sois Vos del número de los hombres? Pues es justo que vuestra caridad á todos los hombres se estienda igualmente á Vos mismo, ó por mejor decir, es justo que teniendo en Vos su principio, os santifique con preferen-

cia á todos los demas. Porque, qué razon habria para que solo Vos os quedaseis sin utilizaros, ni disfrutar de Vos mismo? *Cur solus fraudaris munere tui.* Y por qué os habiais de quedar Vos á secas, quando todos recurren á Vos como á público manantial? Es menester, pues, concluía San Bernardo, moderar de una vez la diligencia y cuidado que os es obstáculo para tantos bienes; y en medio de la Corte que os rodea, es necesario edificar una soledad, que sea como el Santuario de vuestra alma, en donde tengais con Dios consejos secretos, y en donde entrando cada dia, aun en lo mas fuerte de las agitaciones y negocios del mundo, tengais y conserveis para Vos una paz solida. Ved como hablaba este Santo, y como hablaba á un Papa; esto es, á un hombre cuyos cuidados debian ser muchos, y que podia decir igualmente que el Apóstol: *Instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum.* (a) No obstante, San Bernardo no queria le fuese permitido que los negocios le agoviasen, y le reprehendia por la demasiada y pesada carga, y exigia de él como una obligacion indispensable, que entre la multitud de negocios tuviera siempre el espíritu con bastante libertad y desembarazo para pensar en su salvacion. Christianos, creeremos nosotros, que los cuidados que nos ocupan sean pretextos mas legítimos para divertirnos de pensar en la nuestra?

Pero vosotros decis, que era muy fácil á un solitario, como San Bernardo, hablar de este modo; y que se le hubiera podido responder, que estando por su profesion separado del mundo, no le pertenecia censurar á aquellos que la providencia habia colocado en los empleos de él. Os engañais en esto, amados oyentes mios: pues á él le pertenecia condenarlos, y esta censura era propia de su estado. Es verdad que era un solitario, pero un solitario que tenia fuera mas ocupaciones que la mayor parte de nosotros tendremos jamas. A él le consul-

(a) 1. Cor. 11. v. 28.

sultaban de todo el mundo; se hallaba encargado de una infinidad de negocios importantes; pacificaba los Estados; apaciguaba los cismas de la Iglesia; asistia á los Concilios; llevaba embaxadas á los Reyes; instruia á los Obispos, gobernaba toda una Religion, y era el Predicador y el Oráculo de su tiempo. Qué hacemos nosotros que pueda compararse con todo esto? Lo que nos debe, pues, confundir y admirar, es ver que este hombre grande, aplicado á tantos asuntos, vivio, no obstante en una profunda paz; y que nosotros haciendo tan poco, estamos sin cesar en una grande inquietud; que su soledad interior le siguiese en todas partes, y que el embarazo del mundo no nos dexe jamas; que estuviese siempre en estado de elevarse á Dios, y que quando es necesario acercarnos á Dios, nos hallemos continuamente fuera de nosotros mismos, no cumpliendo sino con un espíritu distraído y disipado las mas santas obligaciones del Christianismo. Esto es, digo, la causa de nuestra condenacion.

Pero finalmente, decis; la sujecion de mi estado es tal, que á pesar mio me aparta de Dios, y me quita el atender á mi salvacion. Esta es el último efugio del espíritu relaxado y licencioso de los hombres del siglo, á lo que respondo dos cosas. La primera, que aun supuesto lo dicho discurris mal, porque aun quando conviniera con vosotros en lo que decis, seria siempre ser insensato no hacer de la salvacion el mas esencial de todos vuestros cuidados. Yo no puedo hacerlo, me respondereis, segun la multitud de distracciones que me acarrea mi situacion. Bien: pero la conseqüencia que sale es esta: deberé apartarme de esta condicion y estado; pues que me obliga á perseverar en él, siendo tan contrario á mi interes principal, como yo mismo lo concibo. Necesario es que yo sea Christiano, y no lo puedo ser en tal empleo. Otros lo desempeñarán por mí, pero ninguno trabajará por mí para salvar mi alma; y aunque este empleo sea para mí un establecimiento segun el mundo, será al mismo tiempo mi ruina segun Dios; y pues la experien-

cia me ha enseñado, que respecto de mí es de una disipacion incompatible con la Christiandad que profeso, no debo dudar el seguir otro partido. Esta conseqüencia es preciso sacar, si vuestro estado es tal como os lo figurais; pero yo digo mas que esto, y para desengañaros del error en que estais, sostengo que no hay estado alguno, cuyos cuidados no puedan convenirse con el recogimiento de espíritu, y aun con el exercicio del retiro necesario para ir por el camino del Cielo: la prueba es evidente. Pues de otro modo, dice San Juan Chrisóstomo, faltaria en Dios ó la sabiduría ó la bondad: la sabiduría, si estableciendo aquel estado no le habia dado algun medio, sin el qual es imposible que sea santo ni arreglado; la bondad, si habiéndole dado dicho medio, habia llamado á él hombres incapaces por su flaqueza de salvarse en él: uno y otro le es injurioso, porque siendo Dios Autor de todos los estados, no hay alguno que haya reprobado de este modo; ántes bien es de fe, que quanto mas parece que un estado tiene obstáculos que le hacen difícil la salvacion, tantos mas auxílios tiene para vencerlos.

Con efecto, añade San Juan Chrisóstomo, no es digno de admiracion ver, que los estados del mundo mas expuestos á esta pesada carga, son aquellos en que parece que Dios ha tenido gusto de presentar á hombres mas ocupados en su salvacion, y mas dedicados á su culto? David era Rey, y Rey guerrero, y qué exemplos no tenemos en su persona? Dexaba acaso de dedicarse á Dios por pensar en su estado; ó descuidaba de su estado por entregarse solamente á Dios? El conciliaba uno y otro perfectamente. En lo mas fuerte de los negocios públicos hallaba instantes para retirarse, y para orar siete veces al dia: *Septies in die laudem dixi tibi.* (a) Y á la media noche se levantaba para meditar en la Ley del Señor: *Media nocte surgebam ad confitendum tibi.* (b) No obs-

(a) Psalm. 118. v. 164. (b) Ibid. v. 62.

obstante todo esto, cumplia dignamente con las obligaciones de Rey, sostenia guerras, levantaba armadas, hacia justicia á su Pueblo, tomaba conocimiento de todo, y nunca estuvo la Judea con un reynado mas dichoso ni mas perfecto que el suyo. Pero sin buscar exemplos extraños, jamas Monarca alguno tuvo empresas mas grandes que manejar, que el incomparable San Luis; y no obstante, nunca hubo hombre mas aplicado, ni mas fiel á los exercicios de la Religion. Aun habiendo sido, como sabemos, el Conquistador de su siglo, el árbitro de todas diferencias y discordias de los Príncipes, y aun el Príncipe mas cargado de todos modos del peso de la Dignidad Real, era acaso por esto hombre ménos dedicado á la oracion, ménos recogido, ménos fervoroso ó ménos entregado á las cosas de Dios? Despues de escuchar y conocer esto, nos atreveremos á lamentarnos de nuestro estado, y alegar los cuidados de él para justificar nuestras delinqüentes disipaciones en punto á la salvacion?

Pero decidme aun, prosigue San Juan Chrisóstomo, los cuidados que ponderais, os impiden tener tiempo para retiraros quando se os manda que lo hagais por vuestra salud, quando en ello está vuestro interes, quando se quiere satisfacer una pasion, y aun quando se trata de vuestras diversiones? Entónces os hallais agoviados con vuestros empleos y vuestros cargos; y aunque las obligaciones sean las mayores y mas urgentes, no sabeis en aquella ocasion reservaros algunas horas privilegiadas? Cómo es, pues, posible que por todo lo demas os separeis del mundo quando quereis; y que por solo la salvacion no podais hacerlo? Esto me parece sin réplica; y si alguno quiere llegar á conocer el orígen de este desórden, el mismo San Juan Chrisóstomo nos lo dice en dos palabras con una excelente observacion. Esta es, que es necesario distinguir dos especies de cuidados en nuestros estados: unos los que Dios ha unido á él; y otros, los que nosotros añadimos. Los unos son resultas naturales de él, y los otros los que causan la turba-

bacion y el embarazo; los unos son, finalmente, á los que la providencia nos obliga, y los otros son en los que nosotros nos entrometemos. Si no nos ocupáramos mas que con los primeros, habiéndolos Dios arreglado con su sabiduría, no desconcertarian el órden de nuestra vida, y nos dexarian la libertad de daxar de tiempo en tiempo el comercio de los hombres, para ir secretamente á tratar con Dios. Pero no teniendo los segundos regla alguna, y siendo por consiguiente infinitos, no es extraño que apénas podamos evacuarlos. Nuestro estado debe responder de los cuidados primeros, porque le son propios; pero no de los segundos, porque son nuestros. Quando los cuidados excesivos y superfluos nos hacen olvidar á Dios, somos injustos en quejarnos de nuestro estado, porque aquellos cuidados son nuestros, y no del estado que tenemos; y entónces se verifica plenamente en nosotros la expresion de San Agustin: *Et ita hominum, non rerum peccata dicenda sunt.*

Confesemos, Christianos, nuestra injusticia; y en la imposibilidad en que nos hallamos de poderla defender contra tantas razones, saquemos á lo ménos el fruto de una confusion saludable. Digamos á Dios con el Santo Job: *Vero scio, quod non justificetur homo compositus Deo.* (a) Sí Señor, yo lo sé, y acabo de convencerme de que un hombre tan disipado como yo, principalmente en lo que mira á su salvacion, no puede jamas hallar excusa para con Vos; yo sé, que á vueltas de un falso pretexto que pueda haber para esta disipacion, le oponeis mil argumentos que no tienen respuesta: *Si voluerit contendere cum eo, non poterit ei respondere unum pro mille.* Esto es, Dios mio, lo que yo he comprehendido; y desde hoy no me lisongearé mas con imputar á mis negocios lo que no debo atribuir sino á mí mismo: si son negocios inútiles, yo los cortaré de raiz; si son necesarios, los arreglaré; si para acomodarlos á mis obligaciones

(a) Job 9. v. 2.

nes hay necesidad de cautivarme, me cautivaré; si en concurrencia de una obligacion mas santa, es menester que los abandone, los abandonaré; si para sujetarme á una vida mas exácta y retirada debo renunciar á mil entretenimientos y recreaciones que hacen la sociedad y comercio del mundo, los renunciaré; si esta renuncia me causa tristeza, toleraré el disgusto, y os lo ofreceré; y sea como fuere, haré una ley de apartarme del mundo algunos instantes, y algunos dias, y tener tiempo destinado al reposo y soledad, para emplearlo en la perfeccion de mi alma y mi salvacion. Quando mas embarazado me vea con cuidados y negocios, mas obligado me creeré á observar y practicar esta Ley. Quanto mas sea del mundo, tanto mas comprehenderé que debo aplicarme al santo exercicio del retiro y separacion del mundo. Bien léjos que las distracciones de este me separen, serán ellas las que á él me lleven, porque me harán ver la necesidad que de ello tengo. Y si finalmente, fuere necesario salir de una vez del mundo, y huir absolutamente de él, no tanto por evitar la disipacion, quanto su corrupcion, me despediré de él para siempre, y le dexaré. Esta es, Christianos, otra obligacion que tenemos como pecadores, y de la que tengo que hablaros en la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

El mundo es contagioso, y nosotros somos débiles; pues es necesario huir absolutamente su comercio y trato, y renunciarle para siempre desde que vemos que nos pervierte, y sentimos los primeros golpes de su corrupcion. Esta es, Christianos, la grande regla de la conducta que el espíritu de Dios ha señalado en todo tiempo á los pecadores; esto es, aquellos que conocen particularmente su flaqueza, y la experimentan con mas freqüencia en el comercio del mundo. Así nos lo dió á entender San Gregorio Papa en aquellas excelentes palabras, cuya verdad se justifica mucho con la experiencia.

De

De mundano pulvere necesse est etiam religiosa cordá sordescere. Es una fatalidad triste, decia, que los corazones mas religiosos y puros esten infaliblemente manchados con el polvo, ó por mejor decir, con la iniquidad y malicia de las conversaciones del siglo. Con quánta mas razon los corazones vanos y frágiles deben temer estar, no solamente manchados, sino totalmente corrompidos?

Emplear en este punto largas pruebas, y empeñarme en una enumeracion dilatada de los peligros del mundo, seria un discurso inútil, y perder tiempo en deciros lo que sabeis como yo, y lo que decis vosotros mismos con mas freqüencia y mas publicidad que yo. No son los mas mundanos los mas eloqüentes en declamar contra el mundo, y en hablar no solamente de los muchos peligros á que exponen su inocencia, y por consiguiente su salvacion, y los que mas los exágeran? Falsamente están persuadidos á que quanto el mundo es mas peligroso, tanta mas excusa tienen de caer desgraciadamente en sus lazos, y de dexarse sorprehender. De esto nace aquel lenguage tan comun, que seria necesario tener naturaleza de Angeles para mantenerse en el mundo, y librarse de su contagio: Que era menester no tener ojos para ver cosa alguna, ni oidos para escuchar. Que era preciso no tener un corazon sensible á las pasiones humanas, ni un cuerpo capaz de recibir las impresiones de la carne. Que todo es peligro, ó qué todo lleva consigo el riesgo. Y el medio de resistir á los encantos de tantos objetos, que sin cesar nos arrebatan la vista, de ver exemplos que nos embelesan, y no seguir su atractivo, era no vivir entre gentes que no tienen en su espíritu mas que tales y tales máximas, que las divulgan en las conversaciones, y que prácticamente obran segun ellas, y no pensar, ni hablar, ni obrar como ellos. Convengo, amado auditorio mio, en que esto no es posible naturalmente; pero vosotros os parais en esto solo, y yo paso adelante. Porque supuesto este riesgo que vosotros mismos conoceis, me valgo de vuestro propio testimonio para convenceros de lo mismo que he dicho, y repito que debeis alejaros del fuego, para que no os llegue la llama; esto es, que debeis separaros del mundo, y poneros á cubierto de sus envenenados tiros, huyendo de él sabia y christianamente.

Esto mismo tenia por necesario el mismo Dios, quando prohibió á su Pueblo tan expresamente mezclarse con las Naciones extrangeras, y hacer alianza en ningun tiempo con aquellos idólatras, porque eran infieles, y los Israelitas eran por sí mismos bastante inclinados á la supersticion. El Dios de Israel preveía, que siempre que aquel Pueblo ciego y grosero tuviese sociedad y trato con extrangeros, no dexaria de tomar sus costumbres, y abrazar el mismo culto: por esto les estaba mandado tan formalmente, y baxo muy graves penas el que se mantuviesen seperados. De este mismo modo se portó tambien el Señor con Loth, quando quiso libertarle del incendio de Sodoma; pues le envió un Angel que le sacase de aquella Ciudad delinqüente, y le llevase á la montaña. Dios podia aun en medio de las Naciones mas infieles conservar la fe en el corazon de los Judíos, y afirmarlos en la verdadera Religion; tambien podia en el incendio de Sodoma hacer que no tocasen á Loth las llamas; y amortiguar respecto de él toda la actividad del fuego: bien podia uno y otro; pero para lo uno era necesario un milagro en el órden de la gracia; y para lo otro un milagro en el órden de la naturaleza. Quiero decir, para preservar al Pueblo de Dios de las supersticiones de la idolatría entre los idólatras, hubiera sido necesario un socorro de la gracia muy extraordinario, que hubiera sido un milagro ó especie de él en el órden sobrenatural; y para librar á Loth de las llamas ó impedir que le abrasáran y consumieran, aunque por todas partes le cercasen, era necesario otro milagro, y uno de los mayores en el órden natural. Dios no hace estos milagros sin necesidad, y como allí se manifestaba un camino mas regular, que era el de la separacion y huida para poner á Loth, y á los Judíos á cubierto del riesgo y desgracias de que estaban amenazados, por eso quiso Dios que re-

curriesen á este medio, que era mas conforme á las leyes de su Providencia.

Pero volvamos á nuestro asunto, y por lo que á nosotros toca, la conseqüencia que debemos sacar de la corrupcion del mundo, y del conocimiento que tenemos de los riesgos inevitables, en que nos empeña su comercio y trato, es la que ya he manifestado; que es renunciar al mundo, abandonarlo, no dexarlo acercar á nosotros, y no acercarnos á él, para que no pueda comunicarnos su veneno. Este es el preservativo necesario que debemos usar. Digo necesario, porque miéntras tenemos este medio, y no le apreciamos, contar con que Dios le suplirá por otro, que esté fuera de los caminos ordinarios de su sabiduría y prometernos que nos favorecerá con una proteccion particular y todo poderosa, es pedir un milagro; y nos hacemos indignos de él, si le esperamos, quando sin él tenemos un recurso mas comun, y que solo depende de nosotros experimentarlo. Dios quiere ayudaros en la separacion que teneis que hacer del mundo, y quiere preveniros á este fin, favoreceros y fortificaros; pero en quanto á lo demas, despues de haber cumplido en este punto con todo lo que le dicta su prudencia y su misericordia, os confia, si se me permite decirlo así, á vosotros mismos, y os encarga vuestra propia salvacion, y os dice como el Angel dixo á Loth, quando le conduxo hasta el pie de la montaña, que debia servirle de asilo: *Salva animam tuam*, (a) sálvate ahora y retírate. Vosotros veis el peligro: ved por donde podeis escapar de él; tomad este camino que teneis abierto, pues no hay otro para vosotros.

Dios, Christianos, os lo dice, y yo de su parte os lo anuncio; pero como amais el mundo, aunque tan contagioso, y como lo que es causa de este mortal contagio es lo que mas os lisongea, y apeteceis con mas ánsia, en vez de huir de él, como vosotros mismos conoceis que

(a) Genes. 19. v. 17.

que es necesario, os valeis para permanecer en él de ciertas obligaciones que á vuestro pesar, segun decis, os detienen, é impiden el dexarlo. Vosotros decis repetidas veces, que desearíais mucho vivir fuera del mundo, y que envidiais la suerte de los Solitarios y Religiosos; pero no dexais de añadir al mismo tiempo, que no sois dueños de vosotros mismos, y que estais ligados con unos lazos que de ningun modo poder para romperlos. Este es pues el pretexto que voy ahora á combatir, y para destruirlo no quiero mas que hacer algunas reflexiones, las que os pido hagais igualmente conmigo, pues me parecen convincentes.

Sean de la naturaleza que fuesen las obligaciones que os detienen, una es la primera obligacion, superior á todas las otras, y que debe prevalecer á todas las demas. Esta es, segun he dicho ya, el interes de vuestra alma, y vuestra salvacion. Desde que la salud eterna, ó el interes de vuestra alma se pone en balanza con qualesquiera otra cosa, lo que era una obligacion para vosotros, dexa de serlo, y no hay una entre todas las obligaciones humanas que no deba sacrificarse á ella. Por consiguiente decir, yo no puedo ganar mi salvacion en el mundo, en él estoy muy expuesto, y segun el temperamento que tengo, con las disposiciones que siento en mi corazon, es para mí casi imposible mantenerme en un estado de inocencia: hablar de este modo, es decir á un mismo tiempo, aunque tácitamente: yo estoy obligado á dexar el mundo, y no hay enlace con él por mas estrecho que sea que no deba romper; porque guardar mi inocencia, poner en seguridad mi alma, y procurar mi salvacion, es el primero de todos mis asuntos, y lo que es primero debe ser preferido á lo demas. Por eso, como entre los bienes naturales es la vida el primer bien, á qué extremos no llegamos para salvarla desde el instante que conocemos que está en peligro? Qué no renunciamos, y de qué no nos privamos por conseguirla? Si el negociante mas interesado, despues de haber buscado mas allá de los mares los tesoros que le han costado

mil fatigas, se halla á la vuelta acometido de una tempestad, hará arrojar todas sus riquezas, y las abandonerá á la ventura de las olas, por descargar la nave, y evitar el naufragio. Si el mundano mas sensual no puede de otro modo libertarse de una cercana muerte, que por la operacion mas dolorosa, ó por la dieta y régimen mas enfadoso y rígido, no solamente se sujetará á padecerlo, sino que se tendrá por dichoso de poder de este modo prolongar sus dias. Con quánta mas razon debe un Christiano, por una vida mil veces mas preciosa, qual es la vida del alma, executar la grande máxima del Hijo de Dios, si vuestro ojo os escandaliza, arrancadle? *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum.* (a) Si vuestro brazo y mano es para vosotros ocasion de caer, cortadle: *Si manus tua scandalizat te, abscide eam.* Pero un brazo, y un ojo se aman mucho, porque son muy necesarios: eso no importa, desde que otro mas bien excelentemente necesario pide que no tengais ese brazo, y ese ojo: y no debeis dudarlo un instante; porque, como os he hecho observar, ya este supremo bien es el útimo fin, y quando se trata de él, no se delibera, ó no se debe deliberar en manera alguna.

Por qué, escribia San Gerónimo, quereis quedaros en un lugar en que todos los dias os hallais precisados, ó á vencer, ó á perecer? *Quid necesse habes in ea versari homo, ubi quotidie necesse sit aut vincere, aut perire?* Así hablaba este Padre; y yo (si se me permite adelantar su pensamiento) os digo: por qué quereis quedaros en un lugar en que no venceis, y en donde es casi infalible que perezcais? Yo estoy resuelto, decis, á vencerle; vosotros así lo creeis, pero esto no es mas que una resolucion falsa, ó á lo ménos una resolucion ineficaz. Falsa resolucion es, que os engaña: porque si con sinceridad y buena fe quisierais vencer el mundo, y si despues de haber comprehendido de quánta importancia es

(a) Matth. 5. v. 29.

es no dexaros corromper en él, os hubierais determinado á defenderos bien de sus ataques, no dudárais tanto en huir de él, porque no podeis ignorar que la huida es á lo ménos el mas seguro y fuerte baluarte que teneis para defenderos. Resolucion ineficaz, que os desmentirá en llegando el lance. Lo que por vosotros ha pasado basta para evidenciarlo. Quántas veces ha desvanecido la ocasion todas las resoluciones que habiais formado! El mundo tendrá siempre para vosotros tanto atractivo como ha tenido: vosotros sereis siempre tan débiles para resistirle, y Dios no os dará socorros contra el peligro á que vosotros mismos os habeis precipitado. De esto estais bien instruidos en vuestro interior, aunque procureis persuadiros lo contrario; y si quereis tratar con vosotros mismos sin fingimiento y sin dobléz, y meditaros bien, vereis que esta resolucion imaginaria de combatir y vencer, no es mas que un pretexto y una ilusion. Porque ved en lo que estriva este misterio: vosotros amais el mundo, y porque le amais, y estais unidos á él, no podeis resolveros á dexarlo. No obstante, con un poco de Religion y temor de Dios que os haya quedado, descubrireis toda la malicia del mundo; y vuestra conciencia, á pesar vuestro, os dictará interiormente, que el partido seguro era dexarle; pero este partido no os agrada, y tomais otro. Por no apartaros de lo que amais, quereis tener siempre en el mundo las mismas costumbres y empeños; y para calmar vuestra conciencia que ve el peligro, y que se atemoriza y espanta, contais con una resolucion quimérica de manteneros firmes en adelante en qualquier lance que ocurra, y de permanecer inmobles; que es decir, gozais de vosotros mismos, y teneis gusto en perderos sin quererlo reparar ni conocer. De aquí nace, que os obstineis siempre en presentaros al combate, quando se os dice que era menester evitarlo, quando Dios os manda que lo eviteis, y quando mil experiencias funestas os dan á conocer, que es para vosotros de una grande importancia el evitarlo.

Por esto es tanto peor (y esta es la segunda reflexion)

man-

manteneros en esa obstinacion porfiada que os hace volver al mundo y á su comercio; y las obligaciones con que pensais poder autorizaros, no son por lo comun tales como os las representais. Pero sin embargo, es constante que hay algunas, que casi no se pueden romper, ni es del caso romperlas sin una evidente y extrema necesidad. Y así no hablo de estas; sé que entónces se puede confiar en la providencia y gracia de Dios, la qual nunca falta á un alma que obra segun su vocacion y por su órden, si en quanto á lo demas no omite por su parte precaucion alguna de las que puede poner; pues sería menester en este caso un milagro para sostenerla. Pero exâminando bien lo que por lo comun se llaman obligaciones y empeños del mundo, se hallará que no son obligaciones necesarias, sino empeños de pasion, de ambicion, de curiosidad, de sensualidad y de vanidad. Y así graduo aquellas visitas tan continuas que haceis con especialidad á ciertas personas, y en cierta casa; aquellas concurrencias á que regularmente asistis, y en que empleais casi todo el tiempo; aquellas partidas de placer y juego, de que haceis una de las mas grandes ocupaciones de vuestra vida; aquellas conversaciones inútiles en que escuchais, á costa del próximo, todo lo que pasa en el mundo, donde aprendeis de los otros, lo que debiais ignorar, y de vosotros aprenden lo que ellos deberian no saber; aquellos espectáculos á donde, segun decis, no vais mas que por la gente y el trato; pero al fin vais y concurris, y allí el veneno se comunica con tanto mas peligro á vuestro espíritu, y á vuestro corazon quanto ménos lo conoceis. De este modo miro yo las modas en los adornos, en los vestidos, en las composturas de la cabeza y del rostro, que la vanidad del siglo ha introducido, y de lo que ha hecho unas costumbres tan perniciosas, y unas leyes tan falsas. Así finalmente miro tantas amistades como manteneis; tantas empresas en que os empeñais; y tantos proyectos como formais. Confesadlo, amados oyentes mios, y no querais engañaros. No podriais pasar sin todo esto, moderar todo esto, y en mucha parte cortarlo de raiz? Pero mi estado, decis, lo pide así. Quál estado? Es el estado de Christiano, ó de Christiana? Bien léjos de pedirlo, lo reprueba, y lo prohibe. Es el estado de mundano, ó de mundana? Pues es necesario, que en vuestro estado seais mundano, ó mundana? Es preciso, que en este estado os porteis segun el espíritu del mundo, y no segun el espíritu de Dios? Pues el espíritu de Dios no reconoce por verdaderas obligaciones todos estos modos y usos del mundo, fundados sobre los principios, y propensiones de la naturaleza corrompida.

Me direis, que el mundo se admirará de la separacion que hareis de él; que se hablará de ello; que se discurrirá sobre el asunto; y que se burlarán de vosotros. Y bien, dexad que el mundo hable, que discurra, y que se burle quanto quiera; vosotros tendreis, no obstante, todos sus discursos, el consuelo interior de ver que seguis el camino recto, que os poneis fuera de peligro, y que os salvais. Acaso el mundo ha de sacaros del abismo y penas eternas, si una vez llegais á caer en ellas? En mil asuntos que se ofrecen en la vida, aun deseando mucho la opinion del mundo, teneis esta siempre por regla de vuestras empresas, y de vuestros designios? Si el mundo lo aprueba (decis) quedaré contento; pero aunque lo repruebe, yo sé que esto me es útil y ventajoso, y no pretendo hacerme esclavo del mundo, ni abandonar mis sólidos intereses por sujetarme á sus ideas vanas. Ah amado oyente mio! no tienes respetos que guardar con el mundo, ó no crees tenerlos, sino en lo que mira á tu alma, y á tu eternidad? Pero aun digo mas, y estoy persuadido á que el mundo mismo, tarde ó temprano, os hará la justicia que os es debida, y se edificará con vuestra separacion y huida, quando os vea que la sosteneis christiana y sabiamente.

Pero sea como fuere, vuelvo siempre á mi proposicion, con que acabo: huyamos del mundo; salgamos de esta Babilonia: *Egredimini de Babylone.* (a) Retirémo-

(a) Isai. 48. v. 20.

monos en quanto sea posible de esta tierra maldita, en que reyna la turbacion y confusion: *Fugite de medio Babylonis.* (a) Cada uno de nosotros está interesado en esto; pues nos va nuestra alma á cada uno. No la entreguemos á un enemigo tan peligroso, que no procura sino perderla; saquémosla, y si necesario fuese, arranquémosla de sus manos con violencia. Aunque haya muchos esfuerzos que hacer, aunque nos cueste una victoria y un sacrificio, bien pagados quedaremos de nuestros trabajos y fatigas, si podemos asegurar un tesoro tan rico: *Et salvet unusquisque animam suam.* Vosotras, mugeres vanas del mundo, (pues es cierto, y nosotros lo vemos, que por lo comun son las mugeres las que se encaprichan mas con el mundo, y las que se mantienen en él con mas obstinacion) vosotras, digo, mugeres del siglo, tendreis delante de Dios, y aun del mundo mismo, el mérito de haberle dexado, ántes que él os dexe á vosotras. La aceptacion favorable que en él teneis; el incienso que en él recibis, y el imperio que parece que en él exerceis, no puede durar sino algun cortísimo tiempo. A este se sigue otro en que el mundo se aparta, donde no se encuentra mas que indiferencia por lo que él idolatraba, y aun tambien desprecio, quando ve que á pesar de toda su indiferencia se porfia en buscarle. Haced por obligacion lo que bien pronto será preciso hacer por necesidad. Y vosotras á lo ménos, á quienes los años han reducido á esta necesidad tan dura y penosa, no tengais el trabajo sin recoger el fruto. De involuntaria que es por sí misma, mudadla por una santa resolucion en un medio saludable para volver á Dios, y poneros en carrera de salvacion. Todo contribuirá á proteger este deseo, y todo le será favorable. Dios os ayudará con su gracia, y aun el mundo con sus votos. Porque si temeis la censura del mundo, este dexará de censuraros si vivis apartadas de él, y ve que no quereis mantener en él los mismos empeños y estrecheces. En otros tiempos preguntaba él; por qué no asistiais aquí ó allá; pe-

(a) Jerem. 15. v. 6.

pero puede ser que ahora empiece á preguntar, por qué se os encuentra allí, y qué es lo que os trae. Dichosa sois, pues vuestro Dios aun está dispuesto á recibiros, aunque no os hayan quedado sino sobras, y desperdicios que sacrificarle, y aunque no tengais, si se me permite el decirlo, sino el desecho del mundo que ofrecerle.

Christianos, no obstante todo esto, no es decir (para evitar toda exâgeracion) que no hay en el mundo un cierto trato y sociedad inocente con que se puede tratar. Dios ha reservado en todas partes gentes que le sirvan; y en medio de las aguas que inundáron toda la tierra, hubo un arca que encerraba una familia santa, y un número de justos. Aun en el siglo hay un mundo fiel, arreglado, y si se me permite explicarme de este modo, hay un mundo que no lo es. Como con esto os contenteis, y en quanto á lo demas, guardeis en él toda la moderacion necesaria; esto es, que no paseis los límites de una decencia racional, de una amistad honesta, y aun si quereis, de una alegria modesta y christiana, yo consentiré, y aun convendré que concurrais á él. No obstante, aun entónces os diré, que debeis velar sobre vosotros mismos, y desconfiar de vosotros; que debeis medir el tiempo que en ello consumis; exâminar bien las impresiones con que volveis; y que para no engañaros, no debeis olvidar jamas el importante exercicio que os propuse al principio, de tener vuestras horas de recogimiento, en que os pidais cuentas á vosotros mismos, y en donde os prepareis á dárselas á Dios, y á recibir de él la recompensa eterna que os deseo, &c.